

CAPÍTULO II.

FUENTES Y CARÁCTER DEL LUJO SEMÍTICO.



UALESQUIERA que sean las diferencias que existen entre los sistemas religiosos de los pueblos semíticos, sus creencias de ultratumba, todos concuerdan en el principio fundamental de una resurrección, que sólo entre los hebreos aparece algo oscuro en punto á las condiciones particulares con que se verificará. Pero los semitas no se inmovilizaron como los egipcios, y al florecer tras de los caldeos los fenicios y los hebreos, vemos florecer y purificarse las ideas espiritualistas, y dicho se está que á medida que la vida del alma crece, el aspecto material de la tumba desaparece, es decir, aquella imagen de la vida real que los pueblos primitivos imaginan como vida de ultratumba.

¿La tumba caldaica, pues, es lo que la tumba egipcia?

Perrot y Chipiez dicen á este respecto:—«El principio de la sepultura caldaica es el mismo que el de la sepultura egipcia; y esto es lo que resulta lo mismo del estudio de los monumentos que del de los textos. La tumba, á orillas del Eufrates, tenía que cumplir los mismos servicios que á orillas del Nilo y debía satisfacer las mismas necesidades: un mismo programa se imponía al arquitecto. ¿Por qué, pues, la arquitectura funeraria no ha dejado nada en Mesopotamia, que se pueda comparar, ni aun de lejos, con las magníficas tumbas de las necrópolis tebanas, ni aun con las de Fenicia, de Asia menor ó Etruria? La razón de esta diferencia no es difícil de comprender; esto se ha de buscar en la naturaleza y configuración de la comarca. Si la tumba caldaica es mucho más pequeña y de un aspecto menos monumental que la de los otros pueblos á los cuales hemos aludido, es que la Caldea no posee montañas, ni aun colinas en cuyas laderas se hayan podido abrir, y porque eran difícil de establecer en el móvil y permeable suelo de la llanura, sepulcros un poco espaciosos con probabilidades de duración.

»Ciertamente en todos los pueblos encontraremos tumbas construidas sobre el suelo, como lo son los palacios y los templos; en Egipto hemos encontrado la pirámide; pero ésta lo más á menudo tiene su sepulcro abierto en la roca, y ese colosal montón de piedras no es más que una cubierta puesta sobre la tumba. La arquitectura funeraria no se contenta, como la arquitectura religiosa y la arquitectura civil, con tomar á la roca los materiales que luego pone en obra, es esa misma roca la que corta y cincela en donde se encuentra. Exteriormente le imprime en verdad formas que recuerdan, en cierto modo, las que han sido creadas por la arquitectura, construidas para los edificios civiles y religiosos; pero las piezas de que se componen sus interiores se hunden más ó menos en las entrañas del suelo; los vacíos que las constituyen es en la masa misma de la roca viva en donde se abren. Por todas partes, en efecto, como obra del instinto, la primera idea que se le ocurre al hombre, cuando ha de disponer del despojo mortal de los suyos, es confiarlo á la tierra; la tierra le parece lo mejor para responderle de su depósito; la que ofrece al cadáver el asilo más cómodo y seguro.

«En los países montañosos, la roca se presenta en todas partes á flor del suelo; por lo ordinario es bastante tierna para que se deje atacar por el útil, y bastante dura ó bastante capaz de endurecer al aire libre para guardar fielmente la forma que se le haya dado; allí, pues, desde que el hombre sale de la barbarie, desde que se ingenia para llevarse con él á la tumba los bienes de que ha gozado durante su vida, el agujero que antes el salvaje abría apresurado, se profundiza y se ensancha; con el tiempo se convierte en una cámara, luego en una serie de cámaras que tienen sus descansos; se convierte después en una habitación ricamente amueblada, en un verdadero palacio; pero entonces mismo conserva todavía el carácter que distingue la casa del muerto de la del vivo. La más vasta de las *syringas* de Biban-el-Moluk, no es nunca otra cosa que el desenvolvimiento de la fosa primitiva.

«En cuanto á la tumba cuyo sepulcro está situado encima del suelo, en un macizo construido exprofeso, como en el famoso Mausoleo de Halicarnaso, esto no será nunca más que una brillante excepción, un capricho de potentado ó de arquitecto ambicioso. La arquitectura funeraria es en virtud misma de su destino, una arquitectura subterránea. Los pueblos que la han tratado con mayor vigor y originalidad son los pueblos cuyo suelo se prestaba mejor á esos trabajos de talla y de excavación, los que tenían bajo mano los gres y las calcaráreas de las cadenas arábiga y libica, las laderas inhiestas de los torrentes de la Persia, de la Capadocia y de la Lycia, las costas pedregosas de Grecia y de Toscana.

«Si la civilización de los semitas de la Mesopotamia hubiese nacido en el país alto, no lejos del emplazamiento de Ninive, al pie de las montañas de donde sale el Tigris, tal vez en el tierno yeso de las colinas asirias, hubiesen los padres de ese pueblo abierto tumbas semejantes á las que encontramos en Egipto. Más tarde establecidos en la parte baja del valle, sus descendientes no habrían podido renunciar á las costumbres contraídas en la primera mansión de su raza; probablemente, como lo han hecho muchos otros pueblos, habrían construido en la llanura colinas artificiales, túmulos, en cuyo interior habrían colocado, construidos de ladrillo, esos espaciosos aposentos que ya no podían tallar en el espesor de la roca. Entonces la Caldea se habría cubierto de montículos tan numerosos como los que hoy dia se elevan en la estepa de la Rusia meridional. Hasta hoy no se ha encontrado nada parecido: *tell* ó montículo alguno en tierra ó ladrillo de los que se han registrado no se ha revelado por su contenido, como el envoltorio de una sepultura. Es que, el primer impulso

partió de lo que hemos llamado la Caldea, de las orillas del golfo Pérsico; los que han dado átats esta civilización las prácticas y los usos que ha conservado hasta nuestros días. Son esos habitantes de las llanuras de aluvión, compuestas por entero de guijarros y de arena. Desde el primer momento, vióse obligado este pueblo á pedir á la arcilla amasada y endurecida por el calor del sol ó por el del horno los servicios que en otras partes presta la piedra. Hase pues contentado con sepultar sus muertos, ora en pequeños sepulcros construidos con ladrillo, ora en grandes cubiertas ó en jarras de tierra cocida.»

«Sin embargo, como los soberanos del Egipto, los de los pueblos ribereños del Eufrates y del Tigris hubieron de tener sus tumbas de familia, más vastas, más magníficas que las de los simples particulares. Esto sucedió en la Susiana, conforme leemos en una inscripción de Assurbanipal. El rey asirio cuenta su campaña, y dice como sus soldados penetraron en los bosques sagrados y les pusieron fuego; luego, para mejor demostrar la venganza que tomó de la sublevación de los elamitas, añade:—«Las tumbas de sus antiguos y modernos reyes, de esos reyes que no temieron ir á Assour ni á Istar, mis señores, y que habían inquietado á los reyes mis padres, yo las derribaré, yo las demoleré y las expondré á luz del sol; luego me llevaré sus cadáveres á Asiria. Dejaré á sus sombras sin sepultura: les privaré de las ofrendas de aquellos que les debían libaciones.

»Si la dinastía elamita tenía cerca de Susa su necrópolis real, en donde los ritos funerarios se celebraron hasta el momento de la conquista asiria, no podía ser de otro modo para los poderosos y religiosos monarcas de Caldea. En efecto, la historia no ha perdido del todo la memoria de esas sepulturas caldeas. Herodoto nos habló de la tumba de esta reina Nitocris, á la cual atribuye tan grandes obras, y á lo que se cree fué una princesa egipcia esposa de Nabopolassar. Según dicho historiador, se construyó una cámara funeraria en el muro de circunvalación de Babilonia, encima de una de las principales puertas de la ciudad. Lo que él cuenta de la inscripción grabada sobre la puerta de la tumba, puede muy bien ser uno de esos cuentos con que los drogmanos indígenas divierten la curiosidad de los viajeros griegos; pero el hecho mismo de una tumba abierta en el espesor de la muralla no tiene nada que pueda despertar nuestras sospechas ó nuestras dudas. En *Sinkara* Loftus encontró de esta suerte dispuestas dos tumbas en un macizo de masonería que parece haber servido de zócalo á un templo reconstruido por Nabucodonosor, dos tumbas cerradas con una bóveda artificial.

»Ahora bien, si ciertas princesas de Babilonia tenían confiada la guardia de sus despojos mortales á las poderosas murallas de su ciudad, otras, tal vez las del primer imperio, se habían, á lo que parece, hecho enterrar en esta parte del territorio caldaico que envuelven el Eufrates y el Tigris y donde se encuentran la mayor parte de los cementerios. Según Arriano, Alejandro, al regresar del lago Pallacopas, pasó cerca de la tumba de uno de los antiguos reyes de la comarca.» He aquí lo que se cuenta, dice el historiador: la mayor parte de las tumbas de los antiguos reyes asirios están construidas en medio de los lagos y de los pantanos.

»Loftus se pregunta si no sería en Warka en donde convendría buscar esas tumbas reales; en todo caso, él no encontró nada que presentase su carácter. En cuanto á una tumba real asiria, la única mención que se halla en la historia contiene detalles cuyo carácter es tal, que nos es imposible sacar de ellos partido alguno. «Semíramis, cuenta Diodoro, sepultó

á Nino dentro del recinto de palacio; y encima de su tumba levantó ~~un~~ túmulo de una altura extraordinaria; la altura, dice Ctesias, era de nueve estadios y su ancho era de diez. La ciudad se extendía en medio de la llanura, cerca del Eufrates; el túmulo funerario se apercibía á muchos estadios de distancia como una acrópolis, se asegura que todavía existe, aun cuando Ninive fué arrasada por los Medas, cuando destruyeron el imperio de los Asirios.» En esto reconócense las exageraciones en que Ctesias se complacía; ¿quién puede tomar en serio las dimensiones que señala Ctesias á ese túmulo que tendría nada menos que 1665 metros de alto por 1850 de lado?

»La historia de Nino y Semíramis, tal cual la cuenta Ctesias, no es más que un cuento persa, análogo á las narraciones poéticas recogidas en el *Schah-Nameh*, un cuento persa, todo lo que se puede inferir del pasaje en cuestión, es que en tiempo de Ctesias, y aun más

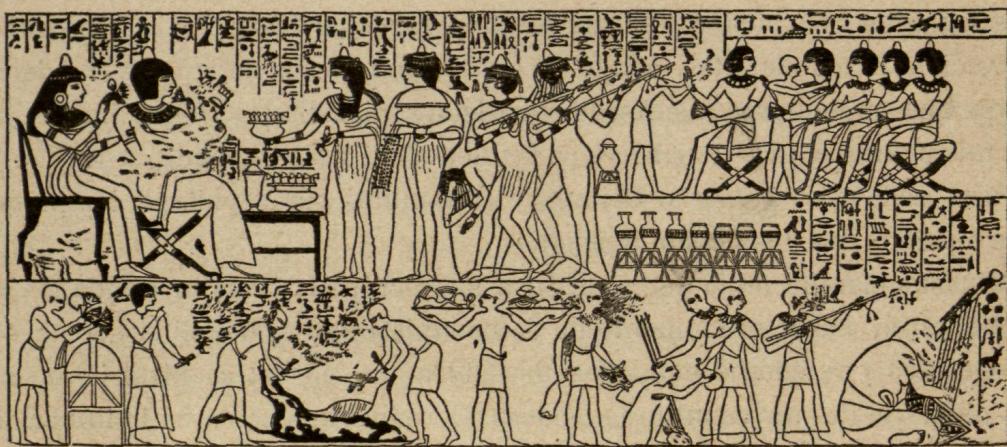


Fig. 193.—Fiesta doméstica egípcia.

tarde tal vez, se veían todavía los restos de esas torres de diferentes pisos ó templos; la imaginación popular dió á esta ruina el nombre de tumba de Nino, de la misma manera que hoy ve en uno de los montículos que representan á la antigua ciudad la *tumba de Jonás*.» (1)

Hemos entrado en todos esos detalles poco interesantes por cierto si se olvida lo que demuestran, para que se viera que no claudica el principio general que hemos sentado como fuente permanente del lujo, tan pronto salimos del Egipto. La tumba como primera manifestación religiosa de todos los pueblos nos ha dado en la edad prehistórica una idea exacta del lujo de los pueblos primitivos lo mismo en el antiguo que en el nuevo mundo, hemos seguido esta filiación en el pueblo más civilizado de la tierra en la edad antigua, el que precedió á todos en el camino de la civilización, y hemos encontrado una espléndida demostración de nuestra tesis, y esta demostración se nos escapa tan pronto pasamos al Asia, y ¿por qué? por las condiciones especiales del suelo de la Caldea. Si nosotros lo hubiésemos dicho, tal vez no se nos habría creído, por esto hemos juzgado que debíamos acudir á autores que estaban muy lejos de pensar que escribían lo que nosotros teníamos necesidad de decir para explicar la laguna ó hueco que deja la Caldea y la Asiria.

¿La tumba caldaica la guardan todavía en su misterioso seno los aluviones de la Caldea? ¿Y es extraño que así sea?

(1) PERROT y CHIPIEZ, *Histoire de l'art dans l'Antiquité. Chaldée et Assyrie*.—París 1884, págs. 369 á 377.

La exploración arqueológica de esa comarca es difícil y tardía. Conocíamos ya el antiguo Egipto cuando aun ignorábamos en dónde estaban sepultadas las ruinas de Nínive. En suma aun no ha habido tiempo material para decidir la cuestión de si la tumba asiria ha desaparecido ó no. Cierto que el gran explorador de la Asiria y de la Caldea el señor Layard las buscó con verdadero afán, cierto que llegó á prometer una buena recompensa al que le enseñara una tumba asiria, que tras de él Loftus, Place y Hormuzd Kassam las han buscado también en vano, pero todo esto no prueba que hayan desaparecido todas. Los lagos y pantanos que las guardaban pueden haberse desecado y marcharse hoy sobre un suelo firme. En suma no es posible asentir á la idea de que han desaparecido para siempre las tumbas reales de la Asiria, pero desde luego se debe afirmar que muchas han sido destruidas dada la necesidad de levantarlas en puntos tan poco conformes con su seguridad como los macizos de las murallas ó los muros de los palacios.

Nótese que en particular nos referimos á la Asiria, pues sucede que mientras en la Asiria no se encuentra un solo cementerio, la Caldea está llena materialmente de ellos, en particular entre Nissar y Mougheir, según Loftus, cada montículo es una necrópolis. Esta circunstancia inspiró á Loftus la siguiente hipótesis. Los asirios recordando que eran originarios de Caldea, hubieron de reputar esta tierra como una tierra sagrada; en efecto vemos más de una vez á los monarcas asirios con las mismas duras manos con que castigan las sublevaciones y motines caldaicos, acudir á la restauración de sus templos y celebrar en ellos con la mayor pompa las funciones religiosas. Por consiguiente llevados de este respeto y veneración por la tierra sagrada de sus orígenes, mientras el suelo de Asiria no recibía más que los cadáveres de los pobres y de los esclavos, para quienes naturalmente bastaría un hoyo, estando de sobras todo estilo ó inscripción funeraria, enterrábase en Caldea la gente rica, lo que explica la presencia de tantos y tantos sarcófagos amontonados y formando por si solos un túmulo de considerable elevación, tanto que se han podido abrir trincheras de cincuenta metros sin terminar la sonda ni el montículo funerario. Para que no se encuentre raro el viaje de los muertos desde Asiria, de Nínive mismo, á la baja Caldea, decimos que el Tigris y el Eufrates podían como el Nilo llevar los muertos asirios. Esta hipótesis se demuestra además con lo que aun sucede hoy día en esas regiones de que hablamos. Hoy se trasportan los cuerpos de los musulmanes chiitas de todas las ciudades de Persia á Mesopotamia pues desean descansar cerca de los santuarios de Alí y de sus hijos. Ahora bien, este viaje de los muertos era mucho más fácil entre Nínive y la baja Caldea que entre Nedjef de una parte, y de la otra Tauris, Ispahan y Teheran.

Veamos ahora si lo que sabemos de cierto y positivo por los historiadores, las inscripciones cuneiformes y los monumentos nos dan derecho á suponer análogas ó parecidas creencias á los egipcios respecto de la vida de ultratumba, al objeto de dejar sentado que análogas ó parecidas necesidades hubieron de producir las consecuencias que hemos tocado en Egipto.

Herodoto nos dice ya de los babilonios que metían sus muertos en miel, y que sus la-

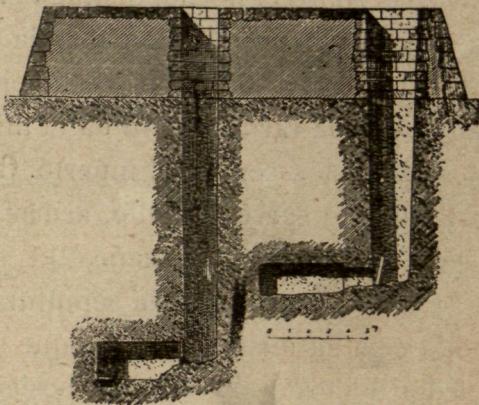


Fig. 194.—Mastabas egipcias.

mentaciones fúnebres se parecían á las de los egipcios (1). Por fortuna dicen los Sres. Perrot y Chipiez completan á Herodoto las necrópolis caldeas y los documentos asirios.

En Caldea como en Egipto se preocuparon los hombres del tiempo que nos ocupa «en sustraer por todos los medios posibles á los cuerpos á la acción de la humedad, primero procurando que cierren bien las paredes del sarcófago ó sepulcro, luego procurando una rápida y pronta salida á las aguas pluviales del cementerio, y si no se llevó el arte de embalsamar tan lejos como en Egipto, sin embargo se había entrado por su camino; los cuerpos que se encuentran en las más antiguas tumbas no son más que momias imperfectas, si se las compara con las momias egipcias; pero aun así y todo, el esqueleto se ha casi siempre conservado en un excelente estado de censervación, y sólo tocando el cráneo y los huesos es cuando se reducen á polvo. El cuerpo en las tumbas más espaciosas se ve descansando sobre una estera, sosteniendo su cabeza un almohadón, y muy á menudo se pueden recoger las bandas que los envolvían y que aparecen á su alrededor. Esteras, almohadones y bandas, todo está impregnado de un cierto betun. Un pequeño modelo en tierra cocida, propiedad del Museo Británico, representa un muerto de tal suerte dentro de su sepulcro, con las manos aplicadas sobre el pecho, distinguiéndose muy bien alrededor de toda la parte inferior del cuerpo las cinchas que le daban la apariencia de una momia.

«El mobiliario funerario está lejos de ser tan rico y tan variado como en las tumbas del Egipto y de la Etruria; pero es el mismo pensamiento el que preside á la elección de los objetos expuestos cerca del muerto. Cuando éste es un hombre, se encuentra á su lado el cilindro que le servía de sello, armas, puntas de flecha en sílice ó en bronce y los restos del bastón que llevaba á la mano (2).

Cuando se descubre la sepultura de una mujer, se encuentran las joyas que llevaban al cuello y en su mismo sitio; las que se llevaban á las muñecas, brazos y tobillos aparecen alrededor del cadáver; en tal disposición han aparecido varios utensilios de tocador, pequeños potes de vidrio, restos de un ramillete de flores, peines de este color negro con que aun hoy día las mujeres de Oriente espesan y alargan sus cejas.

«Lo que por otra parte hay de más característico, lo que revela más claramente la idea y el sentimiento que han precedido á esa ordenación de la tumba, son los vasos que contiene, y que no faltan jamás en las tumbas bien conservados. En la palma de la mano ó detrás de la cabeza aparece una copa que algunas veces es de bronce, pero en general es de tierra cocida; é indica la que debía utilizar el muerto para beber el agua ó licores fermentados, que á su intención se ponían en grandes jarras de arcilla colocadas en la área en que está echado. Cerca de ellas se encuentran una ó varias escudillas sin profundidad, especies de subcotas ó de platos que contienen alimentos, y en donde aparecen sobre todo huesos de dátiles, de pollo ó espinas de pescado. En una de esas tumbas se ha recogido el hocico de un pez espada, y en otra el colmillo de un jabalí. Parece que en Caldea, como en Egipto, se tuvo algunas veces la idea de añadir á los alimentos reales lo que se pueden llamar alimentos figurados. En efecto, en uno de los sepulcros explorados por Taylor figuran en su inven-

(1) HERODOTO, I, 198.

(2) Todo babilonio lleva un sello y un bastón esculpido á la mano. Todo bastón es cincelado en un extremo superior, formando ya una manzana, ya una rosa, lirio, águila ó cualquiera otra figura, pues no usan de bastón alguno que no tenga su emblema.» HERODOTO, I, 195.

tario cuatro estatuitas de patos en piedra.» Esto dicen los Sres. Perrot y Chipiez copiando a Taylor, Loftus y Layard. Sarzec encontró también algunas estatuitas de mejor dibujo que las que recogió Taylor. La significación de estas estatuitas nos es bien conocida.

Ahora bien, como no puede asegurarse por falta de indicaciones precisas la edad de los monumentos sepulcrales descubiertos y registrados, no podemos asegurar que la relativa pobreza de las sepulturas caldaicas dependa de la calidad de las personas enterradas, ó de un cambio, ó si se quiere progreso en las ideas. Lo cierto es, que en Asia ese progreso puede seguirse casi paso á paso, y por consiguiente tan pronto la idea de la vida material de ultratumba ó de la tumba desapareciera, debía el mobiliario y demás reducirse, modificarse ó suprimirse, según el tenor de la nueva creencia que dicho se está que no se impuso de una manera brusca sino paulatinamente.

Este progreso que ya desde un principio hemos indicado nos lo ha dejado escrito un libro (?) que apareció en la biblioteca de Assurbanipal,—principió su reinado en 667 antes del Cristo.—He aquí el resumen que da el Sr. Halevy de este documento y lo que de él mismo resulta. «¿Qué es del individuo una vez se le deposita en la tumba? Despues de la muerte se desprende del cuerpo el principio vital é indestructible, el espíritu incorporal, llamado en asirio *ekimmón*, ó *egimmón*... El *ekimmón* habita el monumento funerario y descansa en el *zalalu* ó lecho del muerto. Cuando es bien tratado por los hijos del difunto, se convierte en su protector; en el caso contrario, se convierte en maligno y le llena de males. La mayor desgracia que puede sobrevenir á un hombre, es el de verse privado de sepultura. En caso tal, su espíritu, privado de lecho y de habitación funeraria, lleva una existencia errante y desgraciada y está expuesto á todas las miserias de parte de sus semejantes, que le rechazan sin piedad.»

Las ideas primitivas todavía tienen aquí cabida, pero el duplicado ya no existe, y el muerto no tiene necesidad de servidores de ultratumba, es de la piedad ó impiedad de los vivos de quien recibe agrado ó disgusto. Por este tiempo los muertos ya no comen más que polvo y fango y viven solitarios; su mansión se llama *bit-edi*, «mansión de la soledad.»

Salgamos, en fin, de las fronteras de la Asiria y de la Caldea, y veamos si otros pueblos semíticos están en el caso de suplir la deficiencia de Ásiria y Caldea. Pasemos, pues, á Fenicia.

Fenicia en la costa de Siria es todo lo contrario de Asiria y Caldea. Á las llanuras de aluvión reemplazan las montañas sin fin de abruptas laderas y de rocas si sobrado blandas para dejarse trabajar, lo bastante duras para tomar y conservar las formas que se le den. Si, pues, en Asiria y Caldea ha sido el suelo lo que nos ha cerrado el paso á la tumba de dichos pueblos, si es cierto lo que hemos dicho para dichas regiones, es necesario que la Fenicia sea todo lo contrario, pero siempre habida consideración del progreso de las ideas ya que hemos visto á los fenicios llegar á la civilización sólo en tiempos de la dinastía XII egipcia. Y en efecto, todo lo que hemos indicado y acabamos de decir resulta claro en Fenicia. La tumba, la gran tumba, la tumba egipcia en fin aparece y el lujo de la tumba es indiscutible porque se siente y se toca. El mobiliario de la tumba no es tan numeroso como el de Egipto, pero no es menos rico y lujoso, y esto cuando ya se ha alcanzado un tiempo en que el hombre se rie de la vida material del muerto, pues hasta hoy no se ha encontrado en tumba alguna fenicia ni pobre ni rica, rastro alguno de alimentos ni reales ni figurados. Esto se ha querido explicar diciendo que tal vez se deba á que son raras las tumbas fenicias

que han llegado integras hasta nosotros, pero bastan las pocas ó muchas ya reconocidas en perfecto estado de conservación y sin señales de haber sido violadas en tiempo alguno, para convencernos de que la falta de comestibles no es casual, sino el resultado de nuevas creencias.

¿Quiere esto decir que en tiempo alguno creyó el fenicio que era necesario atender á la alimentación de su duplicado, del Ka?—Nada de esto. Aun cuando no se hayan encontrado los comestibles en cuestión, podemos añadir que hubieron de existir en su tiempo, no sólo porque lo demuestra el hecho de colocarse tantos y tantos otros objetos de la vida diaria que ya sólo aparecen evidentemente por virtud de la costumbre, sino porque las tumbas fenicias nos han conservado un evidente recuerdo de los tiempos primitivos. Las tumbas fenicias nos presentan hoy á los muertos depositados dentro del sepulcro en sarcófagos de ricas y duras piedras. De amphibolita negra es el de Echmón Nazar rey de Sidón. Ahora bien, casi siempre la tapa de sus sarcófagos representa como si dijéramos la tapa de la caja de una momia egipcia. Esto es, una cabeza de alto relieve, perfectamente tratada y detallada, seguida de un cuerpo sin brazos,—que sólo aparecen mucho más tarde y del que sólo se ve el imperfecto contorno que ofrece el cuerpo humano amortajado. Estas cabezas se han

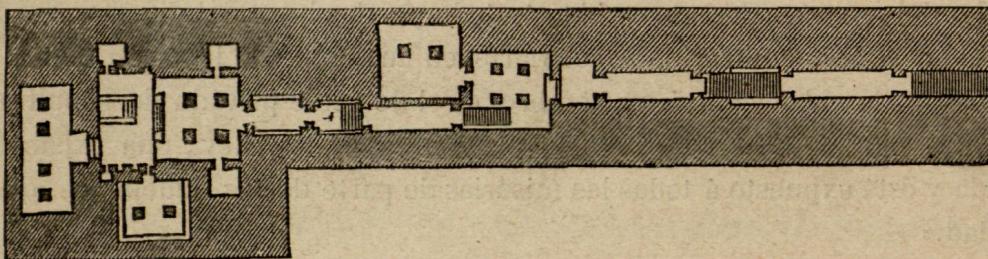


Fig. 195.—Tumba de Seti II.

tado que tienen uno de los oídos perforados en toda la profundidad de la piedra, y esto si pudo así disponerse en épocas posteriores llevados de la creencia de que por allí llegarían los rezos y plegarias de los vivos á los muertos, es indudable que en un principio hubo de servir para que el duplicado pudiera entrar y salir libremente de la tumba. Recuérdese lo que hemos dicho del Egipto y de los agujeros y conductos dispuestos á tal fin en las tumbas, y se verá como en todos tiempos ha vivido la humanidad de esta tierra en círculos más ó menos grandes en perfecta comunidad de ideas.

Del progreso de las ideas en Fenicia hasta hoy no podemos decir nada directo. Su literatura ha desaparecido casi por completo, y las inscripciones funerarias, aun la del mismo Echmounazar con ser tan larga no nos dice nada. En general las inscripciones son de una sequedad que desespera. Es á los hebreos, al *Deutoronomio* en donde ha de acudirse para rasguear el progreso de los siglos; dejemos esto, pues, para su lugar y detengámonos ante las tumbas fenicias interesantísimas bajo todos conceptos, y por consiguiente bajo el de la historia del lujo.

Renán, que tuvo la fortuna de descubrir la necrópolis de Anvisth, nos ha legado con esto algo parecido á la necrópolis de Saqqarah. Las tumbas son numerosas, relativamente, y su plan nos recuerda instintivamente el de las mastabas, tanto que á duros trabajos distinguirían unas y otras los poco peritos en arqueología. Como en Egipto, en Anvisth hay que bajar á la

tumba por un pozo, pues se ha probado que los que tienen escalera pertenecen á época más baja, y que estas escaleras en las tumbas antiguas fueron labradas mucho más tarde. La forma del pozo era la de un embudo para dificultar el descenso, y allí en donde terminaba el pozo las galerías aparecían cerradas por puertas. El número de galerías variaba según la importancia de la sepultura, y no todas se abrieron siempre á un mismo tiempo.

En la mayor parte de los aposentos los techos son horizontales, algunos afectan la forma curva, y la figura de los aposentos es la rectangular pero mucho más largos que anchos. Orden ni concierto alguno en el trazado de las galerías en general no existe, sin embargo en Anvisth han aparecido trazados armónicos, si bien en aquellos que tienen escalera. Cuando las tumbas tienen dos pisos, al segundo se baja desde el primero por medio de un pozo. Los cuerpos no se encerraban en sus sarcófagos para depositarlos en el centro de los aposentos

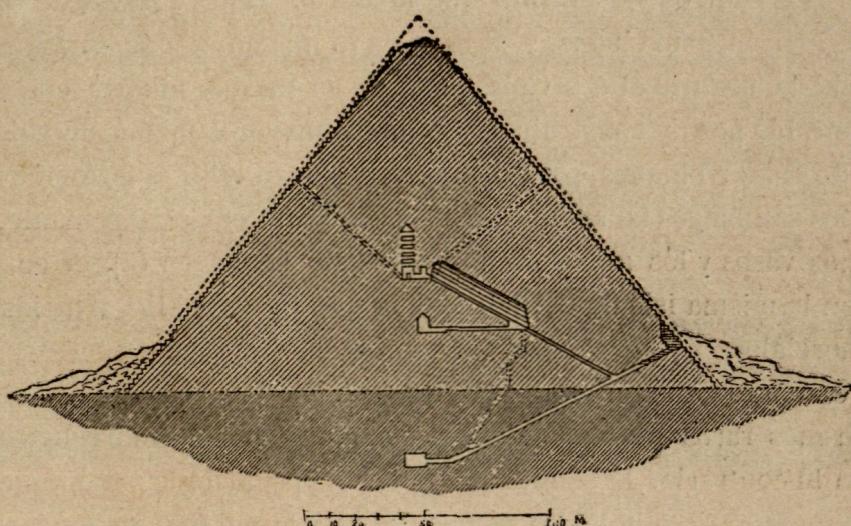


Fig. 196.—Piramide egipcia de Gizeh.

como en Egipto; en Fenicia se abrían en las paredes nichos y en éstos se enterraban los sarcófagos. Á veces los sarcófagos aparecen libres en las galerías, cuando esto aparece nos encontramos frente de la tumba de un rico, y se puede tener la seguridad de que no existen nichos en las galerías.

Respecto del mobiliario funerario «éste tenía el mismo carácter que entre los egipcios y los caldeos» como en las tumbas de esos pueblos, los objetos de que constaban estaban dispuestos alrededor del sepulcro de una manera simétrica ó dentro del mismo sarcófago. El número de vasos de tocador es considerable en las tumbas fenicias y «la presencia de los vasos de perfumes en la tumba se explica por el deseo y la ilusión del hombre, que procura retardar de esta suerte, ó por lo menos disimular el progreso de la descomposición de la carne. Esperanzas más vagas y temores supersticiosos lleváronle á depositar cerca del muerto ídolos y amuletos de toda clase. Poníase de esta suerte al muerto bajo la protección de las divinidades que había adorado durante su vida; para protegerlo contra las potestades enemigas de su descanso, se contaba con la virtud misteriosa de los símbolos que se espacian por su alrededor, símbolos de los cuales cada uno despertaba la atención y garantizaba la intervención de un dios tutelar. Hay en esto una idea y sentimientos análogos á aquellos que hemos estudiado al describir la sepultura egipcia y las figuritas que á

millares se depositaban, sólo que en Fenicia no parece que esta idea tuviera la misma precisión, ni la misma intensidad que en Egipto. Los Fenicios no tenían el genio especulativo; entregados por entero á sus negocios, se ocupaban más de los negocios de la vida presente que de los de la vida futura (1).»

Véase, pues, como en todas partes las mismas ideas producen los mismos resultados. No es exacto, empero, que el fenicio se preocupase de la vida futura menos que el egipcio; esta despreocupación en los pueblos mediterráneos no aparece hasta el siglo XVIII de nuestra era; lo que hay es lo que ya varias veces hemos indicado, esto es, la antigüedad de la civilización egipcia que nos lleva á un orden de ideas propias del hombre primitivo, del hombre salvaje, mientras que en Fenicia nos encontramos ya á algunos millares de años lejos de esa civilización rudimentaria. Pruébalo el hecho de que en donde quiera que aparece una tumba fenicia, propia ya de sus intrépidos marinos ó proveniente de sus colonias, ó de alguno de los poderosos centros de cultura que fundaron, Cipre y Cartago, vemos el mismo orden de ideas reinar en todos lados, y al cipriota lo mismo que al cartaginés preocuparse por encima de toda la seguridad e inviolabilidad de su tumba, abierta en la roca viva por medio del impenetrable pozo y construir un número mayor ó menor de galerías subterráneas que habían de cerrar bloques para disimularlas, y en ellas abiertos nichos y cámaras sepulcrales para los sarcófagos tallados según el estilo arquitectónico reinante, y conteniendo siempre los mismos vasos y los mismos amuletos. Esto se ve en Cipre, en Cartago, en la corte de Siria y en la misma isla de Cerdeña, en la que tuvieron los fenicios grandes establecimientos comerciales.

Resulta, sin embargo, que en estos pueblos fenicios de fuera de Fenicia, los símbolos religiosos son aún más raros que en Fenicia, pero esto no prueba la irreligiosidad de dichos pueblos sino todo lo contrario. El semitismo ya en la época de los monumentos de dichos pueblos ha salido de la edad mitológica para entrar en la del monoteísmo, y al reconstruir el hombre la unidad de las fuerzas físicas en Dios, se asusta de su grandeza, de su creación misma, y ante esa unidad maravillosa se postra confuso y humillado no atreviéndose siquiera á articular el nombre que da á esta unidad. Esta purificación de la idea en donde adquiere toda su importancia es sin embargo entre los hebreos. Ahora bien, es necesario lo mismo al hablar de los hebreos, que al hablar de los fenicios, penetrar en sus misteriosos orígenes para ver clara la obra de la civilización en el desenvolvimiento de su cultura. Los hebreos antes de llegar á la prohibición de llamar á Dios por su nombre tenían no uno sino muchos dioses. La crítica moderna estudia hoy este punto sin preocuparse poco ni mucho del papel que desempeña la Biblia en la formación de las creencias cristianas. Dentro del mismo orden de ideas de la Iglesia se puede admitir que el judaísmo, á la vez que tuviera de Dios una idea más elevada que sus pueblos hermanos, fuera en sus primeros tiempos politeísta, y que por aquella penetración superior á los demás pueblos de la naturaleza divina fué el elegido. Pero dejemos esto á un lado. Para nosotros toda creencia religiosa, por absurda que sea, es respetabilísima, y por consiguiente si nos detenemos un momento en esta nueva materia de la mitología hebrea, no es para destruir ó quebrantar la autoridad que la Biblia tiene para judíos ó cristianos, sino para convencernos de la marcha homogénea de la civilización, y como sus virtudes, sus vicios y sus defectos han sido comunes y son comunes á todos los

(1) PERROT Y CHIPIEZ.—*Histoire de l'Art.—Phénicie et Cypre.*—Tomo III.—París 1885.—Pág. 198.

pueblos de la tierra en sus diferentes grados de desenvolvimiento. Si no fuera así, tanto se valdría negar esa unidad de la especie humana que por tan diversos caminos llegan á afirmar todas las escuelas.

Para demostrar el periodo mitológico del pueblo hebreo principiase partiendo de un supuesto lógico, fundado en un hecho histórico, y es que los hebreos, que así les llamaron los aborigenes de la Siria por verles llegar del otro lado del río, habían de poseer una religión local, como lo eran casi todas las de las ciudades caldaicas, por más que todas girasen sobre un fondo de tradiciones caldaicas comunes á todos los pueblos de la región del delta eufrático. Esta religión había de ser mitológica, esto es, había de fundarse en la pluralidad de los dioses; ¿puede lógicamente suponerse otra cosa?

Hablan además de esta mitología en primer lugar el *Génesis*, pues en el capítulo XXXI, versículos 19 y 30 se dice que Raquel robó á su padre sus *dioses*, ó *ídolos*, según el texto de los traductores, sus *teraphim*, según el texto hebreo, considerados empero por Labán como á sus dioses, según es de ver en el versículo 30 del dicho capítulo. Y en el libro de Josué, capítulo XXIV, que es de lo más instructivo y decisivo que puede darse en la materia, encontramos también confirmada la existencia de este periodo mitológico.

Josué una vez hubo establecido su gente en los distritos que su esfuerzo les había ganado, reune á todas las tribus de Israel en Sichem para exhortarles á que abandonen su religión primitiva, la de sus padres Thare y Abraham, y no reconozcan otro dios que Jehová. Así dice: «vuestros padres habitaron á la otra parte del río (entiéndase siempre el Jordán), Thare padre de Abraham y de Nachor, quienes sirvieron á dioses extranjeros» (v. 2); «quitad de enmedio los dioses á quienes sirvieron vuestros padres á la otra parte del río y en Egipto,» —como se ve no se trata de los dioses egipcios sólo, sino de los de la otra parte del río, los de la patria primitiva,— «y servid á Jehová» (v. 14); «y si mal os parece servir á Jehová, escojed á quien sirváis; si á los dioses á quienes sirvieron vuestros padres cuando estaban de esta parte del río, ó á los dioses de los Amorrheos, en cuya tierra habitáis, que yo y mi casa serviremos á Jehová» (v. 15).

Todo esto es tan decisivo y perentorio que parece imposible lo hayan olvidado espíritus superiores hasta el punto de declarar que los hebreos «no tuvieron mitología,» concediendo á lo sumo que la creación mitológica no pudo producir más que ejecutores de las órdenes de Dios, ángeles ó mensajeros, sin variedad individual, sin iniciativa ni pasión (1). Que esto no es exacto, lo dicen claramente Josué y el *Génesis*, éste llamando *dioses* á los *teraphim* robados por Raquel, y aquél llamando *dioses* á los que por tales tuvieron Thare, Abraham, Labán y otros, á quienes hemos de conceder que sabían algo mejor que Renán lo que eran y representaban.

Dejando ahora á un lado la revolución religiosa llevada á cabo por Josué, lo que importa aquí notar es el repudio terminante aconsejado por éste en nombre de Jehová, quien por su boca les recuerda los beneficios dispensados que le dan preferencia á ser adorado sobre el dios que pactó con Abraham la mutua alianza de que hemos hablado, demostrando esto claramente la alteración que sufrieron los textos sagrados ó versículos del *Génesis* en que se

(1) «Los ulteriores desarrollos que tomó la teoría de los ángeles entre los judíos, desarrollos que tienen algo de mitológicos, se tomaron á los Farnes de Persia»... RENAN.—*Histoire générale... des langues sémitiques, etc.*, páginas 12 y 13.

habla de esta alianza, en los que aparece el nombre de Jehová debiendo ser seguramente Elohim, lo que permite fijar definitivamente el triunfo de Jehová sobre Elohim en la dicha época y tiempo de la revolución religiosa de Josué.

Ahora es de notar como singularidad cuya significación no puede ocultársenos, que la forma Elohim que aparece en la Biblia con gran frecuencia, bien que refiriéndose á un solo Dios, es sin embargo un plural, y por consiguiente vale tanto como «dioses,» cuyo singular es El, Il, Al, Illah, Alah, nombre de divinidad que con mucha frecuencia aparece en las inscripciones babilónicas.

Cualesquiera, pues, que hayan sido las recomposiciones que hayan sufrido los libros religiosos de los hebreos, en éstos no se ha borrado todo lo que revela el período mitológico de su raza. Dioses y espíritus, de todo ha llegado hasta nosotros, y lo que más nos interesa, el conocimiento de la época en que triunfaron las ideas monoteistas. El pueblo hebreo, pues,

pasó por un período politeísta que se extiende desde su aparición en la historia hasta á la reunión de los hebreos en las llanuras de Sichem, pues de ciencia cierta y por los dichos de los libros sagrados sabemos que tuvieron dioses, *elohim*, piedras sagradas, *beth-el*, *betylas*, ídolos ó dioses penates, *teraphim*, y como en todas las mitologías dioses que vivieron en comercio con los hombres. Esto decimos aludiendo á los *beni-helohim* ó hijos de los dioses, que por haberse juntado con los hombres provocaron la cólera celeste y el castigo de la humanidad.

Esto no es una simple interpretación, y por esto lo citamos ya que no queremos en esta obra, y dado lo poco que podemos decir, citar hechos discutibles, sino los que todos deben reputar ciertos. Y decimos que esto no es una simple interpretación, pues lo mismo los antiguos padres de la Iglesia que los modernos, lo mismo San Justino que Fabiano, Athenágoras que San Clemente de Alejandría, Tertuliano, Lactancio ó San Cipriano, Sulpicio Severo que San Ambrosio, todos ellos entendieron por dicha expresión esas uniones culpables de ángeles bajados del cielo con hijas de la tierra. Esto

misimo creyeron doctísimos judíos, Philón, Josefo y otros, y esta doctrina se desarrolla por todo lo largo en el libro de Henoch, uno de los Apocalipsis más notables de los hebreos, aun cuando no se reputa como canónico por éstos, si bien Tertuliano revindica su ortodoxia, en una «narración llena de grande poesía. Según este libro, los Egregores ó Vigilantes se dejaron seducir por la belleza de las mujeres, y cayeron con ellas en el pecado de fornicación que les hizo excluir definitivamente del cielo, dando nacimiento á una raza de gigantes de tres mil codos de alto, lo mismo que á un gran número de demonios (1).»

Y bien; esos ángeles que abandonan las delicias paradisiacas por las terrenales, esos ángeles que prefieren el amor de la mujer al amor de Dios, esos ángeles, según se ve en dicho libro y cuenta el gran Tertuliano, «son los que enseñaron á los hombres á buscar los metales hasta en las entrañas de la tierra, los que publicaron la fuerza y propiedades de las yerbas, los que hicieron los primeros sortilegios, y pretendieron haber encontrado la cién-

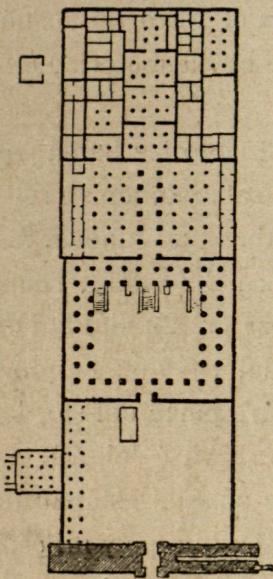


Fig. 197.—El Rame seum
(Egipto.)

(1) LENORMANT, *Les Origines de l'Histoire, etc.*—Tomo I, pág. 297.

cia del porvenir en la disposición de los astros (1).» Todo esto pertenece evidentemente a las épocas politeísta de la raza hebrea, pues con decir que el mismo *Génesis* lo pone en el capítulo VI, queda dicho que no puede rechazarse del ciclo de las creencias mitológicas judaicas.

Sin embargo, no hemos de ocultar que lo que unos padres y unos santos de la Iglesia creyeron, cuando aun no estaba de moda decir lo que no dice la *Biblia* en su nombre, y según esta, otros padres y otros santos lo vieron de otro modo, llegando á decir que habían cometido herejía los que tal creyeron, y esto lo dijo Philastre, y que habían «blasfemado» según expresión de San Juan Crisóstomo, porque éstos y los que les siguieron, más sabios que los primeros, comprendieron que tales narraciones no eran las más á propósito para desterrar la lepra del politeísmo. Así ellos interpretaron que los hijos del cielo ó de Dios y los de la tierra, son puramente los hijos de los justos y los hijos de los impíos (Cain). Esta doctrina ha prevalecido desde los días de San Juan Crisóstomo á los nuestros, y lo que es más, el fanático asirólogo Smith creyó poder demostrarla con gran contentamiento de los que no ven sino impiedad en hablar de la mitología hebrea, citando al efecto unos textos cuneiformes asirios en que se habla de esta distinción de razas humanas; pero en la obra últimamente citada de Lenormant, éste, en nombre de esa misma fe que comprometía el ardiente celo de Smith, muestra que también el célebre asirólogo leyó al revés, ó mejor, que leyó lo que no existía.

Nosotros por las razones alegadas, dejaremos á un lado la cuestión teológica que á propósito de lo dicho suscitó San Agustín, y que no se atrevió á resolver sobre si seres puramente espirituales, así los comprendió Jesús, pudieron revestir forma corporal y tener comercio con las mujeres—estilo bíblico—y que Santo Tomás en su *Summa* dió naturalmente por resuelto en favor de la posible transmigración de una alma ó espíritu celeste ó infernal al cuerpo de un hombre, que si estas son discusiones que aun preocupan á algunos, no preocupan ni poco ni mucho á nuestro tiempo, y digamos en fin que tales creencias se fundaban ó tienen su paralelismo en los círculos de espíritus que imaginó el sacerdote caldaico como moviéndose en la tierra, ó mejor entre cielo y tierra, demolología que remonta seguramente á las más antiguas épocas de la civilización caldaica, y á muchos siglos antes de la emigración de los Terahitas. Por otra parte existen motivos poderosos para creer que es un resto de una antigua religión de los espíritus, y que fué primitivamente la religión de los pueblos no semitas de Sumir y Accad, y que hubo de reinar en la cuenca del bajo Eufrates y del Tigris, muy antes de que principiase el predominio del panteón semítico de la Babilonia.

«Sea de ello lo que quiera, la creencia en los incubos y en los súccubos, en los demonios varones y hembras de las poblaciones nocturnas, tiene grande importancia en las ideas demonológicas de los caldeo-babilónicos. Llámase en lengua de Accad al incubo y á la súccubo *lillal* y *kiel-lillal*... en asirio semítico *lilu*, *lilituro* «el varón» y la «mujer nocturna,» de

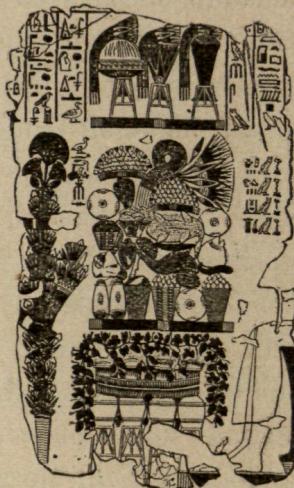


Fig. 198.—Ofrendas funerarias. Egipto.

(1) *Choix des monuments primitifs de l'Eglise*.—Edic. Buchon-Orléans 1875, págs. 144 y 145.

quién dicen las tablas de pronósticos descubiertos, deja «*Lilith* de presentarse en ciertos ca-
sos ante los hombres.»

Ahora bien, «Isaías admite la existencia de la *Lilith* que los hebreos conocieron como los babilonios y á quienes daban el mismo nombre,» como puede verse en el libro XXXIV, versículos 13 y 14 en su profecía sobre Edom, en cuyos palacios «tendrá la *Lilith* su casa y sitio de reposo.» Pero además el célebre profeta dice en esta profecía también que en los palacios de Edom, «los gatos del desierto encontraron los perros salvajes, y la *Seir* llamará á su compañero.» Estos *Seirim* son idénticos á los *Henge*—los salteadores,—fruto de la unión de las *Lilith* con los hombres y cuyo nombre equivale á «los velludos» que se aplica también á los macho cabríos, que en suma vienen á ser los mismos sátiros de la mitología fenicia, demonios ó incubos que San Agustín acepta por ser «un hecho público, y que varios han experimentado ó aprendido de aquellos cuya fe no puede sospecharse, esto es, que los *Silvanes* y *Faunos*, llamados por el vulgo incubos, han atormentado á menudo á las mujeres saciando en ellas su pasión (1).» Y no se olvide que la mitología clásica da á *Silvanos* y *Faunos* piernas de macho cabrío. Es evidente, pues, que nos encontramos en plena época mitológica, y aun esto queda nuevamente confirmado dentro de este grupo de espíritus que por su debilidad tanta agua hicieron caer sobre la tierra.

En efecto; merece notarse que la relación del *Génesis* sobre los crímenes de los «hijos de Dios» y de «las hijas de los hombres,» tiene un carácter muy diferente del de estas repugnantes historias de incubos y súccubos de que hemos tenido que hablar. No son demonios inmundos persiguiendo á las mujeres con su lubricidad, sino espíritus luminosos, ángeles del cielo que se dejan seducir por la belleza de las hijas de la tierra, que por ellas olvidan su pureza...» «Si esto tiene su análogo en las tradiciones de los pueblos paganos, á lo que más se acerca es al ciclo de los mitos fundados en la idea de que los héroes, participando de la naturaleza divina son superiores á los otros hombres, son hijos de los dioses, fruto de uniones amorosas entre la raza de los inmortales y la de los hombres,» creencia, digámoslo de paso, que no existía entre los egipcios como ya notó Herodoto. Ahora bien; en el *Génesis* se dice:—«Los gigantes, *nephilim*, estaban en la tierra pocos días después que los hijos de Dios hubieron ido hacia las hijas del hombre, y que esas les hubieron dado hijos: son los heroes *gimborim* que pertenecen á la antigüedad, hombres de renombre;» es decir que de los hijos de Dios y de las hijas de los hombres nacieron los *gimborim*, «los héroes,» «gentes de renombre.» Esto está muy claro, sobrado claro para que puedan prevalecer en nuestros tiempos de libre discusión las doctrinas de los que han querido hacer de los *gimborim* una raza de titanes, lo que no tiene fundamento alguno, como ampliamente lo demostró Lenormant.

Ahora bien, se dirá; ¿en dónde, pues, están esos semidioses, esos héroes del pueblo hebreo? ¿Y cómo no se nota la fundamental diferencia que va de los héroes paganos, hijos de los dioses, á los *gimborim*, hijos de hijos de dioses ó de Dios? Contestaremos en primer lugar que esos semidioses ó héroes existieron, pues el *Génesis* hace precisamente alusión á ellos. En segundo lugar todos los reyes caldaicos de la primera época, hombres ó mujeres, están considerados desde este punto de vista; y en tercer lugar, la *Biblia* ó sus libros, recogidos, expurgados y corregidos en una época más adelantada de la que nos figuramos, cuando ya

(1) SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*—Lib. XV, cap. XXIII, Edic. Nisard.

el pueblo hebreo se había elevado á esa contemplación de un Dios diferente del mundo, puso todo su empeño en aparecer como un cuerpo de doctrina del monoteísmo puro, exento de toda mácula de politeísmo, y por cuanto no pudo borrarlo todo de su historia y tradiciones, pues hubiese corrido el corrector peligro de ser desautorizado, no pudiendo dar á los héroes dioses por padres, les dió seres intermediarios entre Dios y el hombre, sin ver la inconsecuencia, ó por mejor decir, en vista de que la gente del pueblo creía aún de todo corazón en el reinado de los espíritus lo mismo de los puros que de los impuros. Por esto la significación de la voz *elohim* no es siempre la misma. En efecto, esa palabra se aplica á menudo en la *Biblia* á los dioses de los gentiles, y como ya lo observó Gesenio, el sentido de «ángeles» que la atribuyen algunas veces antiguas versiones, no puede justificarse filológicamente. La substitución de «ángeles» por «Dios» en la mayor parte de los pasajes donde se encuentra esta traducción, no es más que el resultado de un escrupulo posterior, que quiso evitar una aparición sobrado acentuada de antropoformismo. En el psalmo LXXXII, 1, los *elohim* son seguramente los reyes de la tierra. En el psalmo XCIVII, 7, se habla de los dioses de las naciones cuando se dice:

«Están confundidos todos aquellos que sirven imágenes.

»Que se vanaglorian de idolos vanos.

»Todos los dioses se prosternan delante de él.»

«Por lo contrario, en las narraciones fenicias de Sanchoniathon, los *Elohim* son dioses subordinados, verdaderos demonios, compañeros y servidores de El Cronos. Esto dicho, podemos admitir sin escrupulo la interpretación que Lenormant da del versículo que tan importantes datos nos ha suministrado de la mitología hebrea, y cuyo oscuro sentido exige una explicación. Dice el malogrado Lenormant: «El versículo en cuestión,—*Génesis*, VI, 4,—me parece que no dice otra cosa que: de la unión de los «hijos de Dios» y de las «hijas de la tierra» nació la raza de esos héroes que tan famosos son en la leyenda; y esto pasó en tiempo de los gigantes, que tales eran los hombres cuando los ángeles se unieron con las mujeres de la tierra, y también después de este suceso cuando vinieron los héroes salidos de esas uniones reprobadas y monstruosas (1).»

Hasta aquí lo que resulta claramente de los mismos textos sagrados, lo que la critica y la ciencia de las religiones explican, ya lo hemos dicho, quedese á un lado, pues sólo hemos nosotros en esta obra de dar razón de algunas singularidades de las tumbas hebraicas, es decir, que parecían tales sin una explicación de sus causas. Todo, pues, lo que pugne con la creencia hebrea posterior á Sichem, es decir todo lo que esté en contradicción con el severo monoteísmo hebreo es efecto de la costumbre arraigada por los miles de años en que vivieron en la creencia politeísta los hijos de Thare y de Abraham.

Esto dicho, hemos de contestar desde luego á los que nos pidan por las tumbas de la época politeísta diciéndoles que si existen no se conocen, y ¿cómo han de conocerse ó existir, si las suntuosas tumbas que unas tras otras se han atribuido á los grandes hombres del judaísmo, la arqueología se ha encargado de demostrar el anacronismo de tal atribución?

«Cuando los hijos de Abraham se hubieron fijado de esta parte del Jordán, los huecos de las montañas, por numerosos que fueran en Siria, no bastaron á recoger sus cadáveres. Esta población sedentaria había por otra parte aprendido á manejar el pico, el martillo y el cin-

(1) Obr. y lug. cits., pág. 349.

cel; así tallaba en la roca los canalizos que le llevaban la clara onda de las lejanas fuentes, las cisternas en donde almacenaba las aguas pluviales, los silos en donde conservaba sus forrajes y granos, ¿cómo pues no había de tallar ó abrir sus tumbas en la roca?

»Principióse, al parecer, por depositar el cuerpo, envuelto por perfumados lienzos, sobre el mismo suelo de la caverna que se había disputado á la hiena ó al chacal, pero el cuerpo no estaba momificado; mas es innegable una cierta imitación de las prácticas egipcias como lo acredita la costumbre de depositar perfumes junto al muerto, y sobre todo el envolverle con bandas los pies y manos, conforme se explica en la historia de Lazaro. Respecto de los perfumes, está claro el texto del mismo evangelio de San Juan (1). Luego, cuando la sepultura de la familia estaba llena, ingeníabanse para ensanchar el espacio de que se disponía, y se procuró colocar los cadáveres dentro de la roca que envolvía la cámara sepulcral. Tal vez aquí y allá, se usó de la banqueta ó de la pila abierta en el muro de la roca y paralela á ésta; pero la forma preferida, y la que se usó sin interrupción hasta principios de nuestra era, fué la de los *coquim*, como se les llamaba en hebreo, la de los *fours à cercueil*, como dicen los arqueólogos franceses, el nicho. Esta es la verdadera tumba judaica, la que se reputa como anterior á la helenización de la Palestina. Esos hornos funerarios que se abren perpendiculares á la pared ocupan menos sitio que el lecho funerario; pueden pues multiplicarse cuanto se quiera en una misma pieza; en fin son fáciles de cerrar, y no hay disposición que mejor pueda asegurar á los restos el reposo confiado á la Tierra.»

Esto es ni más ni menos la tumba fenicia, de modo que se completan uno y otro pueblo. Veamos pues si estas tumbas pueden darnos una idea de la tumba de los ricos, y lo que diremos de la tumba de los poderosos hebreos debe entenderse de los potentados fenicios. Al efecto nada mejor que la tumba del valle del Cedron, situada debajo de Bir-Eyoub.

«Un patio rectangular da acceso á un vestíbulo del que parten tres estrechos corredores que conducen á tres cámaras ó aposentos de techo de bóveda escarzana falsa. Dos de esos aposentos contienen once hornos, la que viene de frente á la puerta de entrada no tiene más que ocho, pero en su parte posterior se abre un corredor que conduce á una última pieza enclavada en el eje de la puerta principal; esa cámara estuvo sin duda destinada al más importante de los personajes para quienes fué excavada la tumba, ya se trate de una rica familia ó de una corporación. No hay en ella sitio perdido; á lo sumo se hubieran podido emplezar dos hornos á derecha é izquierda del último corredor, llevando así á 92 en vez de 30 el número de nichos.»

Estaban dispuestas conforme á este plan, esas tumbas de los reyes de Judá que tan á menudo se citan en la *Biblia*. Lo que nos llevaría á creerlo es que parece que un gran número de príncipes fueron depositados en una misma sepultura; la crónica real parece que hace alusión á una tumba de familia, cuando á mediados del siglo VII, repite, después de cada reinado, y poco más ó menos en los mismos términos esta fórmula:

«El rey se acostó con sus padres, y fué enterrado en el jardín de su casa, en el jardín de Uzza; sus sucesores se reunirán con él.» Hasta 640, unos quince príncipes, con sus mujeres y niños, habían sido depositados en los sepulcros á que habían bajado primero David y Salomón. Que tantos muertos encontraran sepultura durante más de tres siglos en una misma sepultura, no se explica sino por la hipótesis de cámaras á cuyo alrededor se abrieran nichos;

(1) S. JUAN, XI, 44; XIX, 39-40.

y dicho se está que en donde quiera que no se recurra á la incineración no hay medio mejor para economizar el sitio. Sin embargo, vino el momento en que todo estuvo lleno; en que no fué posible abrir nuevas cámaras porque hubiera sido necesario penetrar muy adentro de la colina; y entonces fué cuando se inauguró por Manasie una nueva necrópolis.

«Las tumbas reales estaban ciertamente talladas en la roca. Israel, por decirlo así, no conoció la tumba construída sobre la superficie del suelo. El único monumento de este género que se puede citar, es la tumba de los Macabeos, en Modín, pero aun aquí las sepulturas están abiertas en la roca viva; de modo que lo único construído son las pirámides que sobre ellas se elevan. Por lo demás, este monumento es muy posterior á la dinastía de los Isaidas; el arquitecto se pudo inspirar hasta cierto punto en los modelos greco-sirios. En fin, á lo menos por una vez, el autor de las *Crónicas* introduce en la fórmula del libro de los *Reyes* una variante significativa:—«Se enterró, dice, á Asa en el sepulcro que se había hecho abrir en la ciudad de David.»—Asa hubo sin duda de añadir una cámara á este conjunto, que el mismo autor designa con esta expresión: «las tumbas de la familia de David.»

En suma:—«La tumba judía principió por ser subterránea, como así sucedió poco más ó menos en todos los pueblos, en todos aquellos que han tenido á su alcance una roca bastante blanda para poder cortarse fácilmente, y bastante compacta para no aplastar con un hundimiento el depósito que se le confiaba; pero en Judea continuó siendo, hasta la caída de Jerusalén, una simple sepultura, escondida en la ladera de la colina, mientras que en otras partes la tumba construída reemplaza á la tumba cavada en la roca ó por lo menos á ésta se añade y sobrepone una parte construída. El principio de las disposiciones interiores de la sepultura parece que se tomó á Fenicia; pero nosotros no tenemos razón alguna para creer que se hubiese adquirido la costumbre de señalar á la atención el emplazamiento de la cámara fúnebre, por medio de uno de esos monumentos exteriores y salientes de los que tan bellos ejemplares subsisten en la costa de Siria, enfrente de la isla de Arad. No es posible indicar, ni con el auxilio de los textos, ni por los restos del pasado que se encuentran cubriendo el suelo de Judea, nada que nos autorice á suponer que, aun en las tumbas de los más poderosos soberanos, de un David ó de un Salomón, se levantara un edículo, una torre, una pirámide. Pregúntase si el frente de roca en donde se abría la entrada de la necrópolis real, recibió alguna decoración; los ejemplares que de esta decoración existen cerca de Jerusalén son todos de una época muy posterior, y las pilastras, capiteles, entablamentos de una composición complicada y de una hábil factura indican la época helénica. Si hubo adornos en el frontis de la sepultura de David y de sus herederos, no pudo ser otra cosa más que molduras muy elementales análogas á las del monolito de Silvám.

»La tumba judía de antes del destierro, no es pues más que una forma secundaria é inferior de la tumba fenicia. Fácilmente se explica esta arquitectura mediocre.

»Durante el gobierno de los reyes, durante el tiempo en que se desenvolvió, en la alta

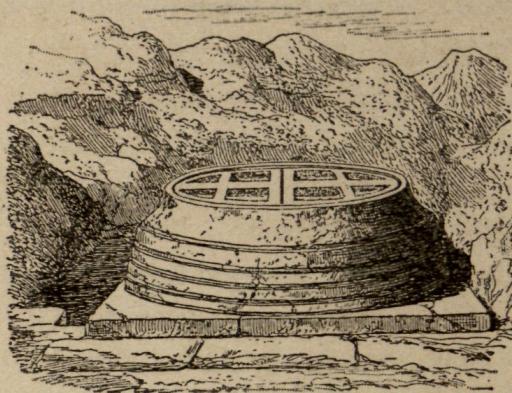


Fig. 199.—Tumba en Mugheir.

clase, el gusto del lujo y de la ostentación, los profetas y los sacerdotes de Jehová condenaban severamente, como idolátricos, todos los ritos de ese culto de los muertos que, entre los israelitas, como entre todos los pueblos de la antigüedad, remontaba á las más antiguas concepciones fetichistas. Así censuraban, prohibían las comidas que se hacían sobre las tumbas y las ofrendas que en ellas se depositaban, denunciaban como criminales las prácticas de esos nigromantes que pretendían evocar los manes para consultarlos sobre el porvenir. Posible es que esta tendencia de los jefes espirituales de la nación tenga su parte en la mediocridad de la antigua tumba judía; lo que es cierto es que no tiene ni el desarrollo, ni la variedad, ni el aspecto á menudo monumental de sus modelos fenicios. No se siente en ellas, como en ciertos hipogeos arvaditas y sidonenses, la influencia y la imitación directa del Egipto. Uno de los rasgos que caracterizan la arquitectura funeraria del Egipto, es el empleo que hace del pozo para bajar al sepulcro, disposición que le sugirió la naturaleza del suelo, de la meseta de Gizeh y de Sakkarah en donde creó sus primeras necrópolis; ahora bien, ese pozo se encuentra en las sepulturas del litoral de la Siria que más antiguas parecen.

»Ahora bien, nada semejanté, que sepamos, se encuentra en Judea: es á plan terreno, y por un corto corredor, como se llega á la cámara en donde se han abierto los nichos, y si ésta se encuentra debajo del exterior se desciende por medio de una rampa ó de una escalereta. Si existen tumbas con pozo, hasta hoy no se han descubierto, y sin embargo uno se siente inclinado á preguntar si las *tumbas de David* no se refieren á este tipo. Poco más ó menos se sabe por dónde hay que buscarlas, pero no se encuentra el menor rastro de ellas. Esta completa desaparición de todo vestigio de una tan importante necrópolis, ¿cómo explicársela si se supone que esta tumba tenía un frontispicio abierto en una vasta fachada de roca, en una suerte de ladera, en medio de la cual se habría abierto una puerta semejante á todas esas puertas abiertas, cuyo hueco se dibuja en negro sobre los lados de los torrentes, alrededor de la entera ciudad Santa? Nada más fácil de comprender en la hipótesis contraria; si fué por un pozo por donde se descendieron á la sepultura los cadáveres de tantos reyes, hubo de necesitarse muy poca cosa para cerrar, á partir de cierto momento, la entrada de la tumba, sustrayéndola así, tal vez para siempre, á la curiosidad misma, á la más despierta y vigilante. Una losa puesta de través sobre el agujero, bastaba para cerrar el único y estrecho paso que tenían; y cuando el tiempo la hubo cubierto con una delgada capa de tierra vegetal y algunas yerbas, hizose imposible reconocer el sitio en donde estaba, y los exploradores que con más cuidado han interrogado el suelo de Jerusalén, han podido pasar muy bien por encima de esas sepulturas y poner sus piés sobre el obstruido orificio del pozo, sin que indicio alguno viniera á advertirles para que se detuvieran allí y sondaran en aquel punto las entrañas de la colina. Sin embargo, no se ha perdido toda esperanza, en tanto no se emprenda en Ophel un trabajo análogo, al que se ha terminado, después de no pocos esfuerzos, en la necrópolis de Atenas; es necesario quitar los escombros, rascar la tierra, hasta tanto que se logre poner en todas al desnudo la roca viva. Si nuestras conjeturas son fundadas, pronto ó tarde, en el transcurso de las investigaciones, se descubrirá la entrada de la tumba, sea la que quiera, y luego el corredor. ¿Hay empero alguna probabilidad de encontrar en esas tumbas algún resto de los tesoros que, según la tradición, fueron depositados en ellas por Salomón y sus sucesores?

»No lo creemos: adivinase que se trata de un cuento popular en lo que Josefo cuenta de los tres mil talentos de plata que uno de los Asmoneos, Hyrcán, sacó, movido de una urgencia

te necesidad, del sepulcro de David, y del rico botín, en alhajas de oro, que está misma tumba ofreció á Herodes. ¿Sepultáronse jamás tesoros de esta clase en las tumbas reales? Es permitido dudarlo. Los mismos libros históricos no hacen alusión alguna á este depósito, y esto que se esfuerzan en darnos la mejor idea posible de las riquezas de David y Salomón. Supongamos sin embargo, que todo este oro y esta plata hubiese sido depositada en la tumba de David; indudablemente no permanecieron en ella hasta la caída de Jerusalén; los reyes de Judá sacarían partido de ello en las duras circunstancias á que se vieron reducidos tantas veces. Ezequías, antes que despojar las puertas del templo de las placas de oro de que las había revestido, ¿no hubiese preferido hacer un empréstito al tesoro de su ilustre abuelo cuando tuvo que comprar á toda costa la retirada de los asirios? Que contuvieran ó no objetos preciosos esas tumbas cuyo emplazamiento era ciertamente conocido en la época de la conquista de la Judea por los caldeos, no hay duda que hubieron de ser abiertas y saqueadas. Jeremías pronostica esta violación de la tumba real, y en un libro muy posterior á la vuelta del destierro, en el que lleva el nombre de Baruch, se presenta la profecía como habiéndose cumplido. «Tú ratificaste, dice á Jehová, las palabras que habías pronunciado por la boca de tus servidores los profetas, á saber que los huesos de nuestros reyes y los huesos de nuestros padres serían arrojados fuera de sus tumbas (1).»

Después de todo lo dicho hasta aquí, la conclusión de ser en todos los pueblos semíticos de Asia la religión, como culto de los muertos, el principal motor del lujo, resulta ociosa, pues por sí misma se impone. La suntuosidad de la tumba implica la suntuosidad de los funerales, y la necesidad de dotar á la tumba de un mobiliario, aun reducida esta necesidad como en la época evangélica á depositar perfumes en las tumbas hebraicas, nos lleva la imaginación á esos hermosos y bellos vasos orientales, á esos vasos fenicios cuyas elegantes formas nos han conservado las pinturas murales de Egipto, y vemos á grandes y pequeños procurar comprarlos para ofrecerlos á los muertos. Si empero hubiéramos acudido al Talmud para averiguar los usos ó costumbres judaicas en los funerales, hubiéramos visto á la Ley dictar minuciosas medidas para abrir esas tumbas que acabamos de describir, porque indudablemente en los primeros tiempos había de ser el sacerdote el que guiese al arquitecto en la preparación de la última morada del hombre, ó mejor en la preparación de la morada de reposo, pues lo mismo los hebreos que todos los pueblos semíticos creían que á la tumba se iba á esperar el día de la resurrección de la carne.

En fin al lado de esta fuente del lujo hemos de poner como en Egipto el carácter de la monarquía asiática. A este propósito poco hemos de decir en este momento. Baste pues con rasguear el cuadro que ofrece cuando Roma sólo cuenta treinta años de edad y Esparta vive bajo la dura legislación del Egipto, cuando los hebreos lloran en su cautiverio de Babilonia, cuando el Egipto según expresión de la Sagrada Escritura no es mas que una caña rota, en fin en tiempo de Sargón, 721 á 704 antes de C.

En este tiempo «Ninive era el centro de la civilización y el polo del mundo. El siglo de los sargonidas fué para la capital de Asiria lo que el de Pericles fué para la Grecia. Las artes y las ciencias florecían á orillas del Tigris; los colegios sacerdotales se habían desarrollado cada día más; los escribas recopilaban los Anales de los tiempos pasados; los arquitectos construían palacios en los que se amontonaban inaccesibles riquezas, estando además repletos

(1) PERROT Y CHIPIEZ.—Obr. y lug. cits. págs. 360 á 368.

de esclavos procedentes de los cuatro puntos del horizonte; corporaciones de artistas de todos géneros, reclutadas por la conquista brutal, ponían su arte al servicio de sus señores. En cuanto al potentado que había llegado á este grado de potencia y de esplendor, el mundo parecía que no vivía más que para él y por él. Es un dios á quien se besa los piés y delante de quien se prosterna la frente en el polvo: los asirios comprendían que sin él la potencia de su raza se desvanecería como el humo, y que sus propias riquezas y las maravillas de Nínive les eran debidas; por otra parte sabían los esclavos que el más seguro medio para dulcificar un poco su triste suerte y aligerar sus cadenas, era manifestar en todas circunstancias las señales más expresas de su humillante sujeción. Tal es el régimen de barbarie monstruosa á que estuvo sometida la Asiria durante siglos y que en parte han heredado los soberanos del Oriente moderno. «Así, dice Bossuet, cuando Grecia con su delicadeza contemplaba á los asiáticos con sus adornos y belleza parecida á la de las mujeres, no tenía para ellos mas que desprecio. Su forma de gobierno, que no tenía otra regla que la voluntad del príncipe, señor de todas las leyes, y hasta de las más sagradas, le inspiraba horror; y para los griegos, lo que más odiaron en el mundo fué á esos bárbaros (1).»

El despotismo monárquico y la religión, tales fueron las fuentes de ese lujo asiático que disolvió el mundo antiguo.

(1) LENORMANT, continuado por BABELÓN.—*Histoire ancienne de l'Orient*, etc. Tomo IV.—París, 1885, págs. 235 y 236.

